

han sido publicadas recientemente, se desprende que Catalina fué siempre y en todas las cuestiones la primera y que supo conservar su independencia. Superaba al príncipe en talento y en fuerza de voluntad; pero le profesaba la mas profunda amistad y admiraba al mismo tiempo sus excepcionales dotes. Creía muchas veces necesitar el consejo de Potemkin, á quien echó mucho de menos mientras estuvo ausente en las comarcas del Sur, y á quien, durante la guerra turca, escribía dos veces por semana. El interés que Catalina se tomaba por la salud del príncipe ocupaba un lugar muy importante al lado de las cuestiones gubernativas: designábale con los mas cariñosos nombres, llamándole «padrecito, pichoncito, corazón mio, mi joya, papá, etc.»; otras veces, le llamaba mi «querido y agradecido discípulo.» «Ten la seguridad, le escribía en 1780, de que mi amistad hácia tí, querido mio, iguala á tu adhesión á mí:» con frecuencia se lamentaba de que «sin él se encontraba sola» y de que cuando él estaba ausente, parecía como si le faltaran las manos. Cuando el príncipe estaba enfermo ó expuesto á los peligros de la guerra, no se cansaba nunca de rogarle que se cuidara y que no se expusiera inútilmente al fuego enemigo, porque su pérdida sería irreparable. «Te necesito absolutamente,» escribía en 1783; «tú eres mi leal consejero,» decíale en una carta, en 1787; y cuando, despues de haber sufrido una enfermedad, volvía á recobrar las fuerzas, escribíale que se sentía mejor del corazón desde que sabía que él se curaba (1).

En el mismo sentido se expresaba Catalina cuando hablaba de Potemkin en las cartas que á otros personajes dirigía, en las cuales calificaba al príncipe de «uno de los originales mayores, mas perillanos y mas divertidos de este siglo de hierro.» Con motivo del tratado de paz de Kutschuk-Kainardsche, escribió: «¡Ah, qué buena cabeza es este hombre! á él se debe mas que á nadie esa paz, y esta buena cabeza es divertido como el diablo.» En 1778 preparó un servicio de mesa de porcelana de Sevres y dijo: «Lo destino al primer roedor de dedos del universo, á mi querido príncipe Potemkin, y para que fuese mejor, he dicho que era para mí.» En otra ocasion decía: «Tiene mas talento que yo y cuanto hace está profundamente meditado;» y añadía mas adelante: «Tengo un amigo muy capaz y muy digno de serlo.» Repetidas veces describe su hermosura, su amabilidad, su buen humor y su fecundidad de ideas (2).

Y en efecto, Potemkin era para la emperatriz un amigo, cuya importancia no podía ella misma apreciar. En los territorios del Sur, se distinguió como administrador, como legislador, como general y como diplomático; él se encargó de la dirección de la guerra turca y de las negociaciones para la paz; pusieron á su disposición extraordinarios recursos; disponía de las fuentes del poder del imperio, y como verdadero soberano gobernaba en sus palacios de Kremenchug y Cherson y en las ciudades de Bender y Jassy, arrebatadas al enemigo. Su hacienda particular era inmensa; en su ambición soñaba con ocupar el puesto de un soberano: ejercía el mando sobre un extenso reino, en el Sur, donde tenía un ejército y una escuadra, y donde podía seguir en favor de Rusia y en el suyo propio vastos planes políticos. En él se veía lo que significaba el favor de la emperatriz; mimado por la fortuna y por la misma emperatriz, Potemkin no podía soportar el menor revés de la primera, la mas tenue desconfianza de la segunda.

En Potemkin, encontramos una mezcla de genio y de cinismo, de ilustración y de rudeza, de cultura europea

(1) Véase un gran número de estas cartas en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII.

(2) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 4, 6, 84, 326, 336.

y de barbarie asiática, de grandes planes para el Estado y de ambiciosas miras particulares, de sentimientos humanos y de egoísmo, de energía y de enervamiento, de actividad y de indolencia; mezcla que constituye un carácter especial y extraordinario. El príncipe de Ligne dice de Potemkin que estaba tan pródigamente dotado por la naturaleza, que de él hubieran podido hacerse cien hombres de talento y sentimientos comunes. Interesaba en efecto á personas tan nobles como Catalina, Segur, José II, Harris y Ligne; era al propio tiempo objeto de enemistades profundas, de censuras severas, de mortales odios; personaje á quien la historia ha estimado como héroe y como hombre de Estado y censurado como criminal; hombre de pueril vanidad, de quien se decía que por conseguir una distinción sacrificaría millares de víctimas; gran político al mismo tiempo, cuyas cartas y papeles, cuya actividad organizadora, y múltiple erudición, nos demuestran su gran talento y aun el ardor de sus sentimientos. Su doble modo de ser está caracterizado perfectamente por muchos de sus contemporáneos al decir que Potemkin parecía siempre inactivo, por mas que siempre estuviese ocupado en difíciles trabajos intelectuales: de aquí que á menudo se le viese medio desnudo y como dormido en una otomana; sus innumerables billetes dirigidos á los funcionarios cuyos trabajos vigilaba demuestran su excepcional laboriosidad y las grandes dotes que poseía. La impresión que Potemkin ha dejado hasta ahora en la historia es que puede ser considerado mas como un aventurero que como un verdadero hombre de Estado, mas como un hombre afortunado que como un noble héroe, mas como una apariencia que como una realidad, mas como oropel que como metal precioso, como hombre de mas brillante apariencia que verdaderamente profundo. La posteridad tiene que agradecerle menos de lo que creen sus admiradores; sus creaciones fueron efímeras y sus actos solo tuvieron una influencia del momento. Sus sueños de ricas comarcas, de ciudades densamente pobladas, de felicidad, bienestar, industria, artes y ciencias en el Sur de Rusia y en Crimea que debían realizarse como efecto de la virtud de una varita mágica, no pasaron de sueños. Mucho mas lentamente de lo que él creía pudo conseguir elevar el grado de cultura en algunos puntos de las vastas comarcas en donde dominó por espacio de tantos años: en estas, antes como despues, se vieron á la vez áridas estepas y jardines, cabañas y palacios, lujo refinado y extremada miseria, salvajes y sibiritas. A menudo creábase, aunque solo por un momento, algo de la nada; pero la manera anti-histórica de fundar ciudades y cultivar comarcas no podía dar por resultado ninguna forma orgánica, ninguna existencia sólida; pues allí donde faltan la paciencia y la constancia históricas, los jardines y palacios, las fábricas y cuarteles, las aldeas y escuelas solo pueden tener una vida breve y como debida á una acción galvánica. Así como Potemkin no descendía de ninguna familia de hombres de Estado, y desde la nada se había elevado al segundo puesto de la nación, del mismo modo sus creaciones no ofrecen ningun resultado histórico, pecando todas de precipitadas: como plantas de invernadero, como adornos exteriores embellecieron el reinado de Catalina, arrastrando durante mucho tiempo una vida miserable, hasta que puestas en mejores condiciones consiguieron, bien que muy lentamente, cierta lozanía. Potemkin figuró como organizador, como general y como diplomático; pero los principios que le sirvieron de guía durante toda su vida, fueron el sentimiento de su responsabilidad ante la emperatriz y el temor de que Catalina que le había elevado le precipitara algun día en la ruina. En caracteres como el suyo no se encuentra el sentimiento de la propia dignidad ni la confianza en los servicios realmente prestados: tales plantas solo pros-

peran en la atmósfera de la corte, y para ellas no hay mas mundo que el cortesano.

A pesar de todo esto, Potemkin desempeñó un papel importante en la política de Rusia. Ninguno de los favoritos de Catalina intervino tan activamente como él en la vida pública de aquella época; ninguno tocó como él tan de cerca las cuestiones que agitaban á Europa. Durante su permanencia en la capital, estuvo en íntimo trato con los diplomáticos extranjeros que se encontraban en la corte de San Petersburgo. Tenía su modo especial de tratar los asuntos: no siempre solía mostrarse deferente con los diplomáticos á quienes mas distinguía Catalina: mientras esta se inclinaba á Francia, él procuraba aproximarse á Inglaterra, y enfrente de la amistad de la emperatriz con José II, recordaba la necesidad de cultivar las relaciones con Prusia. En la cuestión oriental parece haber tenido cierta iniciativa; dió además algunos dictámenes acerca de las relaciones con Turquía, de la necesidad de apoderarse de Crimea, de la conducta que debía seguir la Rusia en el Cáucaso, y de la creación de puertos de guerra rusos en el mar Negro. Su larga permanencia en las comarcas meridionales le había proporcionado un conocimiento del terreno que le permitía saber mejor que otros la importancia de extender las fronteras á costa de Turquía y de fortificar algunos puntos fronterizos. Demostró, pues, no solo la importancia política de estas conquistas, sino tambien la que bajo el punto de vista económico tenían la colonización del Sur de Rusia y el comercio ruso en el mar Negro, y las ventajas que á la cristiandad podía reportar un ataque contra Turquía. Ocupábase continuamente en reunir datos sobre las cuestiones que le interesaban y sabía rodearse de hombres expertos, hacer valer sus servicios y decretar informaciones exactas.

Las excepcionales dotes y la memoria de Potemkin le ponían en condiciones de aprender fácilmente lo que á otros costaba mucho. Cuando fué gran almirante en el mar Negro procuró familiarizarse en poco tiempo con el tecnicismo de la marina. La transformación de las galeras en trasportes de guerra, que llevó á cabo cuando el viaje de recreo de la emperatriz (1787), se hizo segun sus indicaciones. Un gran número de cartas autógrafas prueban el interés que por la construcción de buques se tomaba. Sus conocimientos universales dejaron admirados á algunos de sus contemporáneos: sin distinguirse por un refinado gusto artístico, gustaba de rodearse de artistas de ambos sexos. En su cabaña, frente á la fortaleza de Otschakoff, se ocupaba en la traducción de obras francesas.

Tantas veces cuantas se lo permitían las circunstancias, iba á San Petersburgo. La versión de que en los últimos años de la vida del favorito la emperatriz cambió la opinión favorable que de él tenía, es completamente falsa, pues si bien hubo, en algunos momentos, cierto desacuerdo entre ellos, nunca llegó Potemkin á incurrir en la desgracia de Catalina. El hecho de que esta le colmara, hasta sus últimos días, de presentes y de recompensas, no quiere decir tanto como las manifestaciones, sinceramente expresadas por la emperatriz en los círculos íntimos de la corte respecto de Potemkin, manifestaciones que pesan mucho mas que los millones, palacios, condecoraciones, honores y coronas de que le colmó. Una de las mayores pruebas del afecto que le profesaba fué el dolor con que lloró su pérdida.

Cuando llegó á San Petersburgo la noticia de la grave enfermedad de Potemkin (octubre de 1791), Catalina enfermó de sentimiento; y al recibir la nueva de la muerte del príncipe, lamentóse de que no conseguía nunca crear á tiempo los hombres, diciendo que no tenía nadie que la amparase, pues Potemkin era irremplazable y nunca se hubiera vendi-

do. Dershawin dice que todos se sintieron como heridos por un rayo al saber la muerte de Potemkin, pero mas que nadie la emperatriz: Masson dice que Catalina tuvo tres desmayos: el conde Esterhazy, que entonces estaba emigrado en la corte de Rusia, escribió á su esposa: «Desde la muerte de Potemkin, todo se ha convertido en lágrimas: la emperatriz no sale; no hay ya Eremitages, es decir, pequeños círculos de corte, ni se juega á los naipes en sus habitaciones (1).»

En sus cartas á Grimm, pinta la emperatriz el dolor que le causó la pérdida sufrida, llamando á Potemkin «mi discípulo, mi amigo y casi mi ídolo» y alabando su talento, su corazón, su magnanimidad, la nobleza de su alma, su penetración, sus vastos conocimientos, su elocuencia, su habilidad en decir siempre lo mas oportuno, sus dotes militares, su independencia, su tacto en escoger y apreciar á los hombres y su lealtad y adhesión. Nadie poseía tan excelentes prendas como él: «La cualidad mas preciosa en él, decía terminando su descripción, era un valor de corazón, de espíritu y de alma que le distinguía perfectamente del resto de los hombres, y esto hacia que nos entendiésemos perfectamente dejando á los menos sabios que hablaran á su antojo. Yo considero al príncipe Potemkin como un hombre que no ha hecho la mitad de lo que estaba á su alcance (2).»

Ninguno de los favoritos de Catalina parece haber sido tan amado por ella como Lanskoj, el cual, á fines de 1770, fué nombrado ayudante general y falleció en el verano de 1783 de una fiebre aguda á la edad de veintisiete años. Con acento de gran placer habla de él la emperatriz en sus cartas á Potemkin: «Sascha (3) os saluda,» «Sascha ha caído del caballo (4),» etc. En una carta á Grimm manifiesta su satisfacción de que él y Lanskoj se aprecien en tan alto grado. Es digno de observar, dice, la alegría que en Lanskoj producen las cartas de Grimm: el placer rebosa en su semblante, sus ojos brillan, «todo él es fuego y llamas, todo es alma, etc. (5).»

Cuando enfermó este favorito, Catalina no se apartó de su aposento hasta el momento de su muerte, y allí estuvo sin tomar alimento alguno, sin cambiar de ropas y desempeñando todas las funciones de una enfermera. Despues de muerto, la emperatriz se abandonó á las manifestaciones del mas acerbo dolor y cayó luego en una profunda melancolía. Durante los primeros días, no quiso ver á nadie, ni siquiera á sus nietos: su único consuelo era la compañía de una hermana del difunto que se parecía mucho á él (6). Catalina entonces llegó á enfermar de cuidado. Besborodko escribió á Potemkin diciéndole que con la influencia que en el ánimo de la emperatriz ejercía podría consolarla y tranquilizarla (7). Catalina escribió á Grimm diciéndole que su felicidad había acabado para siempre, que había creído no poder resistir aquel dolor y que había acariciado la esperanza de que su jóven amigo sería el apoyo de su vejez. Despues describía las cualidades que adornaban á Lanskoj, la rapidez con que había adquirido conocimientos y gusto, añadiendo que ella le había educado, que era agradecido, bondadoso, leal, y que había tomado parte en cuanto ella iniciara: «Mi cuarto, que tan querido me era, prosigue diciendo, pareceme una cabaña

(1) Chrapowitsky, 11, 12 y 16 de octubre. Dershawin, *Memorias*, pág. 312. Sus observaciones, en Grot, I, 480. Masson, *Memorias secretas*, I, 153. Siglo décimo octavo, I, 357.

(2) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 561, 564.

(3) Diminutivo de Alejandro.

(4) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVII, 254, 270.

(5) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 299.

(6) Anécdotas de la vida de Catalina, referidas por contemporáneos y testigos presenciales. Autógrafo de Adelung.

(7) *Russkaja Starina*, VIII, 732-733.



vacía por la que ando errante como un fantasma: estoy tan afligida, que no puedo ver á nadie sin derramar abundantes lágrimas; no puedo dormir ni comer; la lectura me aburre; me faltan fuerzas para escribir: no sé lo que va á ser de mí, pero sí sé que nunca me he considerado tan infeliz como desde que mi querido amigo me ha abandonado. He abierto por casualidad el pupitre y he encontrado esta carta que para vos tenia comenzada: he añadido á ella estas líneas: no puedo mas.»

En tales términos escribía la emperatriz una semana despues de la muerte de Lanskoj, y hasta que hubieron trascurrido diez semanas no se sintió con ánimo de reanudar su

correspondencia con Grimm. Entonces dijo que su dolor se habia calmado gracias á las amonestaciones de Fedor Orloff y de Potemkin; describió tambien con todos sus detalles el curso de la enfermedad de su caro amigo, y añadió que aquella descripcion habia aliviado su pena. Despues que tal desgracia la redujo, como ella misma decia, á un sér de monoslabos, fué recobrando poco á poco su tranquilidad y alegría; se entregó de nuevo á la vida social y á los negocios y reanudó sus estudios y lecturas. En junio de 1784 murió Lanskoj y en febrero de 1785 escribía Catalina diciendo que durante todo este tiempo habia sido un sér inanimado, vegetante é inanimable (1).



Vista de Balaklava en Crimea. Reduccion de un grabado anónimo del siglo XVIII

Mamonoff, que desde 1786 á 1789 fué el favorito de la emperatriz, era seguramente, despues de Potemkin, el que mejores condiciones reunia: no solamente Catalina celebraba sus ideas, sino que tambien era considerado por los embajadores extranjeros como hombre de talento, divertido, gracioso y dotado de gran penetracion (2). En sus cartas á Potemkin, la emperatriz colmaba de alabanzas á su favorito, diciendo que cada dia le parecia mas amable, que era como un «ángel», «un hombre inapreciable», etc. (3). Mamonoff era muy aficionado á las obras artísticas; dibujaba bastante bien; tenia un carácter alegre; poseía una educacion esmeradísima, era hombre de sociedad y estaba dotado de vastos conocimientos. Tambien Catalina, en una carta á Grimm, describía su gallarda presencia y decia que le encantaban sus dotes de

(1) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXIII, 317, 318, 326.

(2) Véase la *Memoira de Sacken*, en el tomo supletorio de Herrmann, pág. 652, 653.

(3) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXVII, 417, 448, 452, 458, 494, 513.

músico y su talento de escultor (4). Sin embargo, en algunas ocasiones se disgustaban Catalina y Mamonoff: este conoció desde un principio que no le iria bien en la corte (5), y por último en 1788 se enamoró de una camarista de la emperatriz. Trascurrieron muchos meses sin que esta se enterara de ello, y aquel episodio demuestra cuán celosa era Catalina á pesar de sus sesenta años. Habia oido hablar de la inclinacion que hacia la señorita Schcherbatoff sentia Mamonoff y le obligó á confesarla del modo siguiente: primero por escrito y luego en una entrevista, manifestó á su favorito que siendo ella como era una anciana, deseaba asegurar el porvenir de su amigo, á cuyo efecto pensaba casarle con una dama muy rica, la señorita Bruce: Mamonoff confesó entonces á la emperatriz su pasion por la señorita Schcherbatoff. ¿Con que es verdad? exclamó Catalina profundamente indignada (6). Despues de esto manifestó á las personas que

(4) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXIII, 387, 392, 398, 420.

(5) *Russkaja Starina*, XV, 16 y 703.

(6) *Memorias de Ribeaupierres* en el *Archivo ruso*, 1877, I, 467.

la rodeaban el disgusto que le habia producido el silencio que por tanto tiempo habia guardado Mamonoff: «Es indecible lo que yo he llegado á sufrir», decia. «Que Dios sea con ellos; que sean muy felices: ya les permito que se casen;» y añadía que hacia meses que Potemkin la habia prevenido aconsejándola al propio tiempo que se deshiciera de Mamonoff (1). En la carta que escribió á Potemkin, despues del viaje de Mamonoff, la emperatriz se mostraba indignada para con su ex-favorito (2). Catalina preparó la boda de la jóven pareja que se vió colmada de beneficios y se dirigió á Moscou; y estuvo muy disgustada á consecuencia de aquel suceso como puede verse en algunas observaciones contenidas en los Diarios de Garnowsky y Chrapowitsky y en las mismas cartas de la emperatriz dirigidas á Potemkin y á Grimm (3). Segur opinaba que en la conducta de la emperatriz habia, al lado de cierta debilidad de mujer, una grandeza de alma digna de admiracion, y observaba que teniendo un poder ilimitado, pocas mujeres hubieran procedido con tanta moderacion como ella (4). La misma Catalina escribe que en aquella ocasion llevó una leccion dura, pero que tan pronto como pudo «puso fin á la farsa (5).»

Platon Suboff, que durante los últimos años de la vida de la emperatriz fué su favorito, ejerció gran influencia en la marcha de los asuntos, y aprovechó la ausencia de Besborodko en Jassy (1791) para adquirir cierta preponderancia en los negocios exteriores. Así las memorias de los rusos como las de los extranjeros contienen algunas censuras contra él. Entre Suboff y otros elevados diplomáticos como Potemkin, Besborodko, etc., existía cierto antagonismo. La historia cortesana de aquel tiempo menciona algunas intrigas que se imputaron al favorito (6), acerca del cual Catalina solía expresarse en términos muy laudatorios en sus cartas á Grimm y á Potemkin. La emperatriz apreciaba su lealtad, su actividad, su buena voluntad, su carácter sumamente amable, su franqueza; en una carta á Grimm (mayo de 1792), se decia: «El general Suboff es laborioso, íntegro, de buena voluntad y de un gran talento: es un hombre del cual oireis hablar; solo depende de mí hacer de él un *factotum* (7).» Potemkin habia muerto hacia poco y la emperatriz podia esperar hacer de aquel jóven un colaborador, un hombre de Estado.

Pablo

El favoritismo podia servir muy fácilmente para profundizar mas el abismo que entre Catalina y su hijo, el gran duque Pablo, existía. Menschikoff se habia interpuesto entre Pedro el Grande y el czarewitz Alejo; los Schuwaloff y los Rasumowsky habian sido considerados en tiempo de Isabel como los enemigos del gran duque Pedro Fedorowitz; y los hombres como Orloff, Potemkin y Suboff estaban en relaciones muy tirantes con la «jóven corte.»

(1) Chrapowitsky, pág. 290-294. Ya en mayo de 1788 se hablaba de una pasion que por Mamonoff sentia la señorita Schcherbatoff: véase la *Russkaja Starina*, XVI, 8. En agosto de 1788, creyó Catalina observar que él no participaba de aquella pasion: véase la *Russkaja Starina*, XVI, 211.

(2) *Russkaja Starina*, XVII, 29-37, 207.

(3) Véase Garnowsky en la *Russkaja Starina*, XVI, 399, 120. En los círculos extranjeros, se decia que la indignacion habia «causado cierta perturbacion en la inteligencia de la emperatriz». Véase el despacho de Helbig en el tomo supletorio de Herrmann, pág. 657.

(4) *Memorias y recuerdos*, III, 495.

(5) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXIII, 481.

(6) La biografía de Suboff se encuentra en la *Russkaja Starina*, XVI y XVII.

(7) Las opiniones de Catalina sobre Suboff en sus cartas á Potemkin pueden verse en la *Russkaja Starina*, XVII, 33, 205, 407, y lo que dijo á Grimm, en la *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XXIII, 562, 566.

CATALINA II

Catalina al principio no habia podido cuidarse de la educacion de su hijo; la emperatriz Isabel se habia encargado de ella y Catalina tenia razon sobrada para no aprobar alguna de sus disposiciones (8). Cuando posteriormente Panin fué nombrado ayo del gran duque, la emperatriz Isabel hizo redactar una instruccion para Pablo (9), á quien su madre solo podia ver una vez por semana. Catalina no estaba en el fondo conforme con el sistema de educacion de Panin y mas adelante dijo que mejor habia sido el que se habia seguido con el gran duque Alejandro, pero que las cosas habian sucedido de tal manera que no habia podido dar otro profesor á su hijo. «Entonces todos opinaban, decia, que si Panin no le educaba, estaba perdido (10).» Por el Diario de Poroschin, uno de los maestros del gran duque, sabemos algo acerca de las malas condiciones en que se educó Pablo, el cual se trataba con jóvenes por regla general mas crecidos que él; en su presencia se usaba un lenguaje inconveniente, y ya en edad temprana se notó en su actitud, en sus modales y en sus ideas una rudeza extraordinaria (11). Poroschin dijo un dia al niño que á pesar de tener las mejores intenciones, seria odiado, y en efecto, muchas de las cualidades de Pablo recordaban las de Pedro III. Se ha censurado á la emperatriz que no atendiera con el debido cuidado á la educacion de su hijo, se la culpa de que, al entrar el principe en la edad adulta, estimulara frívolamente ciertos amorfios con una señorita de la corte y se dice que nunca supo dirigirla (12). El niño era tenido por poco desarrollado (13). Sin embargo, el baron Dimsdale, que en 1768 estuvo en San Petersburgo, dice que en su opinion Pablo habia recibido una educacion esmerada (14).

Ya hemos visto, en el libro segundo, que Pablo desempeñó, durante los primeros años del reinado de Catalina, el papel de pretendiente: se ha dicho que, además de las manifestaciones que en los círculos militares se hicieron en favor del gran duque, contaba este con la adhesion de muchos dignatarios; se ha supuesto que Alejo Orloff recordó á la emperatriz cierta promesa de confiar el gobierno á su hijo, en cuanto este tuviera la mayor edad; se ha pretendido que Saldern habia querido obligar á Catalina á tomar á Pablo como co regente (15); y se ha atribuido á Panin el propósito de nombrar á Pablo emperador. Pero todos estos rumores merecen ser tan poco creídos como la sospecha manifestada por algunos, con ocasion de una enfermedad del gran duque, de que la emperatriz habia querido envenenarle (16), ó como la insípida anécdota de que se habia confiado á Teploff la mision de instruir á Pablo en los negocios gubernativos de tal suerte que no aprendiera nada (17), ó como el absurdo rumor de que la emperatriz habia motivado la muerte de su nuera, la primera esposa de Pablo (18).

Tiénesse por verosímil que si se hubiese casado Catalina

(8) Véanse sus observaciones sobre la mala educacion del niño durante su infancia, en las *Memorias*, pág. 200.

(9) *Archivo de Russky*, 1881, I, 17-21.

(10) Kobeko, pág. 15.

(11) *Archivo de Russky*, 1869, pág. 1, en donde se inserta un fragmento de las de Poroschin: véase tambien la *Russkaja Starina*, IX, 668. Ssolowief, XXVI, 237-258. Los mas duros ataques que á Panin como preceptor se han dirigido, se encuentran en el libro de Lehedeff sobre el conde Panin, pág. 37.

(12) Kobeko, pág. 28, 44-47. *Archivo ruso*, 1874, I, 1, 281.

(13) Daschkaw, I, 114.

(14) *Ilustracion de la Sociedad histórica*, II, 322.

(15) *Favoritos rusos*, pág. 378. *Ilustracion de la Sociedad histórica*, XIX, 392-402.

(16) Raumer, IV, 402.

(17) *Favoritos rusos*, pág. 316.

(18) Castera, II, 102.